
EL MEDELLIN DE BERRIO EL GRANDE

JUAN BOTERO RESTREPO

Julio - diciembre de 1975. Vol. XXX

**REPERTORIO HISTORICO
DE LA ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA
FUNDADA EN 1903**

En el año de 1975 la historia nos ha presentado la conmemoración de dos grandes hechos: el tercer centenario de la erección de Medellín en villa y el primero de la desaparición del Dr. Pedro Justo Berrío. Deseando aludir a uno y otro simultáneamente, hemos escogido para este artículo el tema de Berrío frente a Medellín, para analizar, así sea brevemente, la influencia de aquel gobierno admirable en el desarrollo y progreso de la joven ciudad.

Es el año 1865. la capital del Estado Soberano de Antioquia sólo cuenta entonces unos 25.000 habitantes. Su comercio es reducido, su industria casi nula. Sus moradores son gentes tradicionalistas y creyentes, afiliadas a los dos partidos políticos ya incrustados en la vida civil colombiana, y todas admiradoras de su gran jefe administrativo, el doctor Pedro J. Berrío, que habrá de pasar a la posteridad con el nobilísimo título de Berrío el Grande.

En los últimos catorce años grandes sacudimientos políticos han tratado de entorpecer su progreso y empobrecer a sus gentes, pero ya comienza a vislumbrarse en ella una paz duradera, después del reciente levantamiento de la oposición contra el régimen mosquerista de Pascual Bravo, cuya consecuencia precisamente ha sido el ascenso al poder, no muy a gusto de este mismo, del abogado y Coronel Dr. Pedro Justo Berrío.

La entrada a Medellín de las fuerzas triunfantes en Cascajo y Yarumal tiene lugar el 8 de enero de 1864, y en la residencia del Dr. Julián Vásquez Cale, situada precisamente donde hoy se levanta el imponente edificio del nuevo Banco de la República, tiene lugar al día siguiente la reunión en que los jefes revolucionarios, con el asentimiento del pueblo designan al doctor Berrío como jefe del nuevo gobierno.

Este destina los primeros meses de su administración a la consolidación de su situación gubernamental y a la organización administrativa y política de su Estado; pero, una vez logrado esto, concibe un plan de obras de progreso que van a beneficiar a Medellín y a abrirle una era de insospechada prosperidad. Se realiza entonces o que en el lenguaje moderno pudiera calificarse del “despegue de la ciudad”.

Es la primera de estas obras la restauración del Hospital de San Juan de Dios, posteriormente denominado Hospital del Ferrocarril. Y decimos restauración, para no emplear la palabra creación, porque ya desde principios del siglo ha existido una casa de salud rudimentaria.

El Presidente convocó entonces juntas de caballeros y damas, encabeza suscripciones monetarias a favor de la obra, recorre personalmente los hogares mendigando unos céntimos, interesa a la sociedad, motiva a unos médicos amigos suyos, especialmente a los Dres. Uribe Angel, Fergusson y Espinosa y los resultados no se dejan esperar, porque la casa asistencial se transforma, hasta el punto de poderla entregar poco después en manos de las religiosas de la Presentación de Tours y de servir de estímulo para que otras poblaciones del Estado creen las suyas propias.

Se propone en seguida comunicar a Medellín con las poblaciones occidentales del Estado, y no habiendo puente sobre el río Cauca, establece un servicio de trasbordador, que desde el principio comienza a activar el comercio entre la capital y esa rica zona agrícola y de la del Chocó.

También con el amplio programa de apertura de nuevas escuelas comienza a beneficiarse Medellín por obra de Berrío; son nuevas creaciones que se van haciendo, que van colocando a la zona en primer lugar en el concierto educativo nacional y van logrando que Antioquia llegue a ser considerada como sector piloto en el ramo educativo en todo Latinoamérica.

Por otra parte, el establecimiento de la libertad de prensa, consagrada por el gobernante en la Constitución de 1864, propicia la aparición de nuevas publicaciones periódicas, aparte de EL BOLETÍN OFICIAL, algunas de ellas incluso, como EL INDICE, de carácter opositor; EL MONITOR, de índole pedagógica; LA SOCIEDAD, de carácter religiosa; EL BOLETIN ELECCIONARIO, conservador disidente; EL HERALDO y otras varias.

Anhelado grande del Presidente del Estado, desde el principio de su mandato, es el de la adquisición de una imprenta, para editar en ellas las publicaciones todas del gobierno seccional, incluyendo el papel sellado. Autorizado para ello, encarga la maquinaria a New York, y al renunciar como Secretario de Gobierno el Dr. Néstor Castro, lo designa como director de la nueva casa editorial, precursora de la Imprenta Departamental que hoy existe, y que bien pronto constituye una nueva renta para el fisco de Antioquia.

Por otra parte, se interesa desde un principio por tender los hilos telegráficos entre Medellín y la capital del país; contrata con la Casa Davidson Stiles la obra y bien pronto los alambres llegan a la ciudad de Rionegro, de donde, en vez de seguir a Nare, según lo pensado inicialmente, continúan hasta Manizales y Cartago. La obra llega a realizarse gracias a la suscripción de parte de las acciones de la correspondiente sociedad por parte del comercio de Medellín, encabezado por la muy conocida firma de Vicente B. Villa.

Después y en seguimiento de un imperativo de su conciencia profundamente religiosa, se propone lograr la recuperación y restauración del convento de las Madres Carmelitas Contemplativas, del Carmen, incluido en las anteriores expropiaciones de bienes de manos muertas, y a fe que lo obtiene, con la colaboración del Congreso Nacional, de la Legislatura Provincial y de los buenos ciudadanos de la localidad, que aplauden la medida con ambas manos.

Atención especial le merece al mandatario la buena marcha de los dos lugares de reclusión establecidos en la ciudad, y es así como organiza escuelas de artes y oficios en ellos y como emplea en las obras públicas a los detenidos, sin que logre, al hacerlo, sin embargo, el éxito que inicialmente ha esperado obtener. Tampoco llega a conseguir que sea de un todo normal el funcionamiento de los establecimientos carcelarios.

Los años de 1867, 68 y 69 son de grandes conmociones políticas. La actividad de Berrío en ellos está destinada casi en su totalidad a defender los fueros de Antioquia frente a los intentos centralistas y dictatoriales del gobierno central.

Instalado con su familia en la localidad desde el principio de su gobierno, sus dos hijos nacidos en Santa Rosa son aumentados con la llegada de otros más. Aquí nacen Pedro José, Germán, Dolores la segunda y María Josefa, y aquí fallece, ciertamente muy niña, Dolores primera, la primogénita del matrimonio.

Obra de grande importancia en el gobierno de Berrío es la restauración, ampliación, dotación y tecnificación de la Casa de Moneda, iniciada tímidamente bajo el mandato de Marceliano Vélez en 1862.

Este asunto constituye una necesidad imperiosa ante la necesidad que hay de fundir en monedas el abundante oro de las minas y ante la carencia absoluta de herramientas comerciales de cambio.

El pedido de la maquinaria se hace a Europa, rápidamente llega al Puerto de Isalitas (Puerto Nare) y no obstante tratarse de piezas muy pesadas, algunas de ellas hasta de 2 y ½ toneladas, en turegas de bueyes son traídas desde el Magdalena a través de la manigua y pronto la empresa es una realidad.

Igualmente, y como complemento de la Casa de Moneda, el Presidente proyecta la instalación de una cámara de plomo o planta de ácido sulfúrico, para la cual ordena construir los hornos e importar la maquinaria. La empresa se forma en realidad años después y constituye un grandioso aporte a la transformación industrial de la ciudad. La obra es dirigida por el ingeniero Eugenio Lutz.

Para unir mejor a Medellín con el oriente del Estado, ordena construir sobre la quebrada de Santa Elena un puente metálico en el lugar denominado la Bocana, estructura conservada hasta no hacer muchos años, que contribuyó grandemente al intercambio comercial.

Gran impulso da, además, al Colegio del Estado, posteriormente denominado Liceo de la Universidad de Antioquia, cuya estructura va a modificar, según veremos un poco adelante.

Y aunque ubicada en el distrito suroccidental de su nombre, no es pequeño el impulso que va a dar al desarrollo de la capital la Ferrería de Amagá, empresa particular iniciada por Pascasio Uribe, pero que surge gracias al estímulo que le da Berrío, al obtener para ella de la Legislatura especiales privilegios, entre ellos la exención de todo tipo de impuestos y la exoneración del servicio militar para los obreros.

Obra cumbre del gobierno de Berrío es sin duda la apertura de la vía hacia el Magdalena, para desembotellar un poco la capital del Estado, para la que ha estado exigitando salidas al mar, a través de los ríos Cauca, Atrato o Magdalena.

En realidad, autorizado por el efecto por la Legislatura, construye el camino carretero apto para carrozas que de Medellín conduce en un principio hasta Barbosa, y luego hasta el propio Puerto Berrío, bajo la experta dirección de los señores Griffin y Balcázar y luego planea y da los primeros pasos para la construcción del actual ferrocarril, obra que no alcanza a realizar; pero pocos meses después de terminado su último período, es firmado el contrato respectivo por su sucesor, el doctor Recaredo de Villa.

Al presentarse un diferendo entre las ciudades de Medellín y Santa Fe de Antioquia, con motivo de la translación de la sede de la diócesis de esta última ciudad a la primera, y del consiguiente trasteo de algunos bienes de la catedral de la ciudad Madre a la nueva de la capital de Antioquia, el Dr. Berrío es designado arreglador de asunto en representación de Medellín, y el prelado diocesano, Ilmo. Sr. Valerio Antonio Jiménez, le confiere omímodas facultades. El mandatario cumple con su misión en forma altamente satisfactoria.

Por medio del decreto de 22 de enero de 1870 el Dr. Pedro Justo crea en la ciudad la primera biblioteca pública que en un principio va a funcionar anexa al Colegio del Estado. La idea es muy bien recibida y numerosos ciudadanos comienzan a desprenderse de parte de sus libros para obsequiarlos con ellos a la nueva institución.

En materia de correos no es menos eficaz la obra del gran mandatario, y así durante su gobierno todos los distritos quedan conectados por servicio postal con la capital del Estado.

Pensando que a los jóvenes estudiantes han de proporcionárseles carreras medias, que les sean prácticas en la vida y contribuyan al desarrollo industrial del sector, Berrío crea la famosa Escuela de Artes y Oficios, que en un principio va a funcionar junto al Colegio del Estado. Es así como procede a reglamentar en todos sus detalles el funcionamiento del nuevo establecimiento, al frente de la cual coloca a los ingenieros alemanes Héusler y Lutz. En ellas se instalan desde un principio talleres de mecánica, herrería, fundición, modelería, carpintería, ebanistería, cerrajería, hojalatería y carretería.

Especial empeño pone el mandatario en dotar a la Provincia del Centro de muy buenos jefes y es así como designa entre otros para desempeñar este alto cargo al Dr. Luis María Botero, ciudadano de los más capacitados con que cuenta la ciudad. Lo mismo sucede con la elección de los alcaldes mayores. Uno de ellos habrá de ser el joven Juan Ramón Mejía, lamentablemente caído en plena juventud en un ataque criminal, en el cual resulta complicado un hermano del propio Berrío.

Al ser creadas las famosas Sociedades de Fomento, la de Medellín cobra importancia especial. De ella entran a forma parte como directivos desde un principio los señores general Pedro Alcántara Herrán, Recaredo de Villa, Álvaro Restrepo Eusse, Antonio Mendoza, Sinfiorano Villa, Pedro Dimas Estrada, Julián

Vásquez, Gabriel Echeverri y Vicente B. Villa. De esta sociedad será aclamado presidente honorario el propio Berrío y efectivo el general Herrán.

Deseoso de tener establecimientos aptos para la formación de personal competente para el magisterio, obtiene de la Legislatura la creación de la Escuela Normal, para la dirección de la cual designa a D. Benito Balcázar. En ella se van a emplear los métodos pedagógicos de Pestalozzi, Wilson y Caikins, en boga por esos tiempos.

El 1° de agosto de 1872 es creada la Escuela Modelo, verdadera normal para señoritas y dos meses más tarde la Escuela Normal Nacional, que comienza a ser dirigida por el señor Wiss, profesor protestante. Posteriormente serán traídos de Alemania los profesores católicos Cristian Siegert y Gustavo Bothe, y Weiss pasará a dirigir la Normal de rionegro.

En esta labor de formación del personal docente parece indicado hacer resaltar los nombres de los profesores Cándido Molina, Epifanio botero, José María Gómez Angel. José Cosme Zuleta y Francisco de Paula Muñoz, magníficos colaboradores de los primeros años. De estos claustros salen entonces personajes de la talla de Pedro Nel y Tulio Ospina Vásquez, Laureano García Ortiz, Pascual Gutiérrez y Santiago Ospina.

Iniciativa plausible de Berrío, no del general Herrán como lo ha afirmado un autor, es la creación del Banco de Antioquia, importante casa comercial, que va a llenar en parte las funciones de un verdadero banco emisor y va a agilizar en grande escala las operaciones comerciales. El capital inicial de \$500.000, es rápidamente suscrito y bajo la dirección de D. Recaredo de Villa la nueva entidad comienza a desarrollarse en forma plausible. Posteriormente, al ser elegido presidente del Estado el señor De Villa, le será ofrecida la gerencia del establecimiento al propio Berrío, pero éste, no obstante ver en la actitud una muestra de confianza para con su persona, declina la oferta. Uno de los objetivos que alcanza desde el principio la nueva casa prestamista es acabar con la usura, un poco generalizada entonces.

Poco después crea también un jardín botánico, para la aclimatación de plantas.

Su última grandiosa actuación en beneficio de la ciudad es la creación de la Universidad de Antioquia, tomando como base el Colegio del Estado, fundado por Fray Rafael de la Serna. La fundación la lleva a efecto motivado principalmente por una carta que desde Bogotá le ha dirigido su amigo el poeta José María

Verga y Vergara, en la cual le plantea el problema de la desorientación sufrida por los estudiantes que se ven obligados a viajar a la capital de la República para adelantar sus cursos en la Universidad Nacional.

En la nueva institución se crean desde el principio las escuelas de Literatura y Filosofía, Ingeniería, Ciencias Naturales, Medicina y Jurisprudencia, y el Dr. Berrío, no contento con haberla creado, la visita personalmente todos los días y dicta en ella la clase de urbanidad y buenas maneras los días sábados en forma totalmente gratuita.

Terminado el período constitucional de su gobierno, Berrío decide retirarse a la vida privada, pero sacrificándose a sí mismo, acepta por algunos meses la rectoría de la Universidad para la cual es designado. Ya antes de ser presidente del Estado había prestado un gran servicio a la ciudad, desempeñando una plaza de magistrado en el Tribunal Superior de la Ciudad.

Por lo demás, tendrá Medellín el privilegio de recoger el postrer suspiro del grande hombre, que alcanzó a enrutar la villa por los senderos de una prosperidad insospechada. Y es así como auxiliado espiritualmente por el párroco de la Catedral, Pbro. José María Gómez Angel, ente su alma al Creador en su residencia de la calle Pichincha, entre Sucre y Juanambú. La ciudad recibe un rudo golpe con la ausencia del gran patricio y rendirá un homenaje grandioso al magistrado el día de sus exequias.

Las cenizas reposarán en el Cementerio de San Pedro, donde serán tenidas con el amor y el respeto que merecen las grandes reliquias e la patria, y al ser removidas de la bóveda donde inicialmente han sido colocadas, el Departamento encargará al prestigioso artista Marco Tobón Mejía de la erección de un bello monumento, con la efigie grabada de Antioquia agradecida. Allí concurrirán las posteriores generaciones a descubrirse reverentes ante esos huesos venerados, en los cuales está simbolizada la grandeza de Medellín y de Antioquia.

Años después, la plaza principal de la ciudad cambiará el nombre de Zea, que hasta entonces ha ostentado, por el de Berrío y en el centro de ella emergerá, vaciada en bronce por Anderlini, la hermosa estatua pedestre del estadista, en su pose habitual de posición firme, con los brazos cruzados, los pies juntos, la mirada serena, la larga chaqueta puesta, para que sobre ella se posen las palomas, simbolizadoras de esa paz que tanto él amó.

La memoria del grande hombre será recordada en el futuro por los grandes cronistas de la ciudad, así ellos pertenezcan a un partido político distinto al suyo. Latorre Mendoza y Gónima se encargarán de recoger muchas de las graciosas anécdotas del personaje y enriquecerán así su acervo biográfico.

En 1927, al celebrarse el primer centenario del nacimiento del estadista, Medellín volverá a evocar su memoria y rendirá nuevo tributo de reverencia a su gran personalidad. Ilustres plumas de la ciudad revivirán las turnades hazañas de Berrío, en tiempos no lejanos aún. Desde entonces se dará su nombre a una nueva escuela de artes y oficios creada por los padres Salesianos.

En 1975 las gentes de la ciudad recordarán nuevamente tan egregia figura, al conmemorarse el primer centenario de su fallecimiento. Nuevas biografías serán editadas en las prensas de la capital de la Montaña, y nuevos encomios aparecerán en las galeras de los diarios. Es que Medellín no ha olvidado a Berrío ni podrá olvidarlo. Lo siente dentro de sus calles, en el palacio del gobierno, en las residencias de la Veracruz, en la tertulia habitual de la vieja Botica de los Isazas.

Y al eregir en la Avenida de La Playa una galería de bustos de bronce evocativos de sus mejores hombres, al lado de Mon y Velarde y de Robledo, del Obispo Gómez Plata y de Martínez Pardo, aparecerá indefectiblemente la cabeza varonil de Berrío, en quien se realizará cabalmente la frase bíblica aplicada a Cristo, de que “nunca tuvo ningún gozo”, porque se sacrificó de un todo por su cara Antioquia.

Lo hecho por Medellín para honrar la memoria de su hijo el general Pedro Justo, bien puede ser considerado como hecho también a la persona del padre, cuya sangre supo prolongar con inteligencia y acierto. El busto erigido a la memoria de éste último en la Plazuela de Nutibara, constituye un nuevo monumento a la memoria del viejo patricio, cuya estampa procuró copiar el descendimiento en sus tres gobiernos provinciales, en su actuación política, en su espíritu progresista, en su filosofía tradicionalista y en lo mejor de sus actuaciones.

Resumiendo, digamos que en un período de doce años, de 1863 a 1875, la historia de Medellín se confunde con la historia de Berrío. Él es la figura central de la ciudad en este tiempo; él le comunica la vitalidad de que seguirá gozando, de la misma manera que en 1675, tres siglos antes otro Berrío pariente suyo, desde la gobernación de la provincia había consolidado la calidad de villa de Medellín.